cata-ratas

(Por Marcos Mayer) –Es lo único que se te ocurre decir –la mirada de Andrea repetía el desprecio con el que se encontraba cada mañana al despertarse.

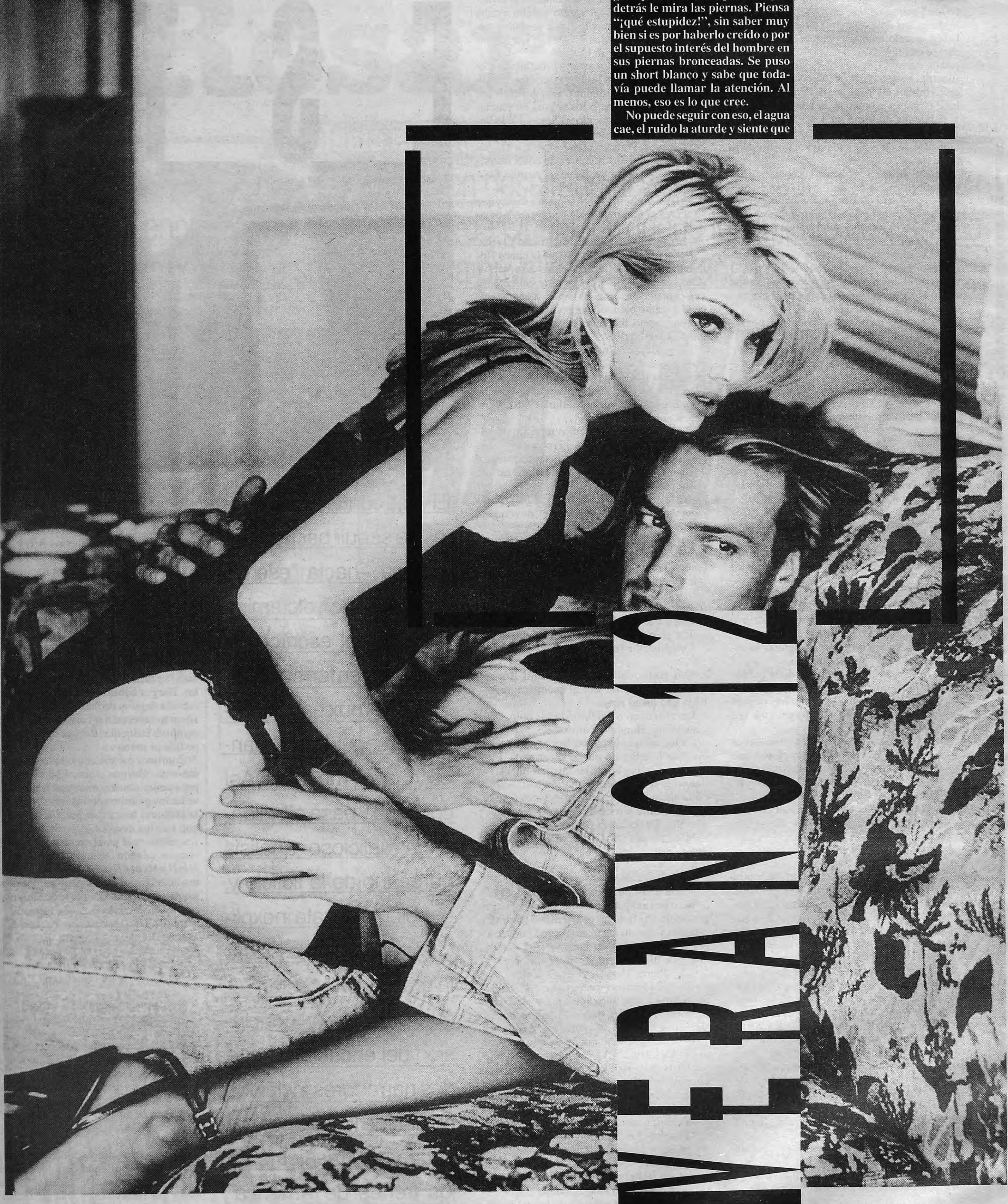
Es que Alberto, al llegar al recodo desde donde empiezan a verse las cataratas, había recordado un chiste. Ese que alude a que es el lugar donde se lavan el pelo los cabezones. Y lo había dicho bien fuerte, como para que lo escucharan todos los demás componentes del tour. Nadie se había reído, en realidad todos trataban de buscar el mejor ángulo para sacarse fotos, con la caída de agua a sus espaldas. Tampoco era de esperarse que, de haberlo oído, se lo hubieran festejado.

Pero ahora la escena es entre ellos dos, desde el exacto momento en que ella no se ríe. El ya está cansado de empezar a mirar el espectáculo del agua. No sabe, no entiende lo que hace ahí. Hubiera preferido haberse quedado en el hotel, con el aire acondicionado prendido, tomándose una cerveza y viendo algún programa por la tele. Ya cumplió cincuenta años y hace rato que perdió la curiosidad, si es que alguna vez tuvo alguna. Su único interés en el viaje era pasar por Asunción y comprarse un fax con contestador automático.

Andrea no cree haber perdido interés por las cosas, aunque siente que veinte años con el mismo hombre es demasiado. Demasiado para la paciencia, un exceso de la comodidad y el aburrimiento. Así que, de vez en cuando, organiza algún viaje a ver si descubre en Alberto alguna faceta que no la postre, como suele decir. Imagina que un hombre que viene por detrás le mira las piernas. Piensa "¡qué estupidez!", sin saber muy bien si es por haberlo creído o por el supuesto interés del hombre en sus piernas bronceadas. Se puso un short blanco y sabe que todavía puede llamar la atención. Al menos, eso es lo que cree.

No puede seguir con eso, el agua cae, el ruido la aturde y siente que debe emocionarse. Cada tanto, la luz dibuja un arco iris contra el cielo celeste y vuelve a sentirse obligada a deslumbrarse. Era como si la naturaleza le señalara un camino para diferenciarse de su marido. Se esfuerza por seguir mirando para que los ojos, detrás de los cristales oscuros, se llenen de luz y de agua. "Alberto no puede", murmura apenas. "No le quedan más que algunos chistes viejos."

Al día siguiente hacen la excursión por el lado argentino. El paisaje y las sensaciones se repiten.



Era Viernes Santo. Por toda América latina se realizaban sombrías procesiones en que la gente transportaba estatuas de Cristo, arrastraba cruces hacia la cima de montañas volcánicas, llevando mantos negros, se flagelaba, rezando el vía crucis de rodillas, desfilando con calaveras. Pero en Buenos Aires se veía poca actividad penitente. En esta ciudad mundana, la devoción era cinematográfica. *Julia*, que había ganado una cantidad de premios Oscar, se estrenó el Viernes Santo, pero el cine estaba vacío. En la vereda de enfrente, en el Electric, se daba *Los diez mandamientos* esa épica bíblica de la década del cincuenta. Allí la fila frente a la boletería era de dos cuadras. Y había una multitud para ver *Jesús de Nazareth* de Zeffirelli; más de quinientos aficionados al cine parados devotamente bajo la lluvia.

Pasé el día transcribiendo las notas que había tomado sobre las rodillas la noche anterior. La ceguera de Borges me había permitido escribir sin nerviosismo mientras él hablaba. Volví a tomar el subterráneo para acudir a la cita.

Esa vez las luces del departamento de Borges estaban encendidas. Anunciado por el arrastrar de los pies, apareció con tanta ropa como la vez anterior, excesiva para esa noche calurosa y húmeda.

–Es hora para Poe –dijo–. Siéntese, por favor.

El volumen de Poe estaba sobre una silla. Lo tomé y lo abrí en *Pym*, pero antes de empezar Borges dijo:

–He estado pensando en *Los siete pilares de la sabiduría*. Página por página, es magnífico, pero, sin embargo, es un libro muy aburrido. ¿Por qué será?

–Quería escribir un gran libro. George Bernard Shaw le dijo que usara muchos puntos y comas. Lawrence se abocó a una empresa exhaustiva, pensando que si su obra era laboriosa y monumental, sería magnífica. Pero es un libro pesado, carente de humor. ¿Cómo es posible que un libro sobre los árabes no sea cómico?

–*Huckleberry Finn* es un gran libro –dijo Borges–. Y cómico. Pero el final es malo. Cuando aparece Tom Sawyer, el libro se arruina. Y el negro Jim... –Borges empezó a hendir el aire con las manos–, sí, nosotros teníamos un mercado de esclavos en Retiro. Mi familia no era acaudalada. Teníamos sólo cinco o seis esclavos. Pero algunas familias tenían treinta o cuarenta.

Yo había leído que un cuarto de la población de la Argentina había llegado a ser negra en algún momento. Ahora no hay negros en la Argentina. Pregunté a Borges cuál era la razón.

–Es un misterio. Pero yo recuerdo haber visto muchos. –Borges parecía tan joven que era fácil olvidar que tenía la edad del siglo. No puedo jurar que todo lo que me haya dicho sea verdad, pero fue el testigo más expresivo que tuve en el viaje.– Eran cocineros, jardineros, factótums –dijo–. No sé qué pasó.

–Dicen que murieron de tuberculosis.

–¿Por qué no murieron de tuberculosis en Montevideo? Fue sólo aquí, ¿eh? Hay otra versión, igualmente tonta, de que pelearon contra los indios, y que los indios y los negros se mataron los unos a los otros. Eso habría sucedido en 1850, más o menos, pero no es verdad. En 1914 había todavía muchos negros en Buenos Aires; eran muy comunes. Tal vez debería decir 1910, para no equivocarme. –De repente, rió.– No trabajaban mucho. Tener sangre india es bien visto, pero tener sangre negra no es bueno, ¿no? Algunas familias prominentes de Buenos Aires tienen sangre negra. Una pincelada de alquitrán, ¿eh? Mi tío solía decirme: "Jorge, eres tan holgazán como un negro después de almorzar". No hacían demasiado a la hora de la siesta. No sé por qué hay tan pocos aquí, pero en Uruguay, o en Brasil... En Brasil se puede ver un blanco de vez en cuando. Si uno tiene suerte, claro. ¡Ja, ja!

Borges se reía, divertido pero con lástima a la vez. Se le iluminó el rostro.

–¡Creían que eran nativos! Una vez oí a una negra que decía a una argentina: "Bueno, por lo menos nosotros no vinimos aquí en barco". Quería decir que los españoles eran inmigrantes. "¡Por lo menos no vinimos aquí en barco!"

–¿Cuándo lo oyó?

–Hace muchos años –dijo Borges–. Pero los negros eran tan buenos soldados. Lucharon en la Guerra de la Independencia.

–También lo hicieron en los Estados Unidos –dije yo–. Pero muchos estaban de parte de los ingleses. Los ingleses les prometieron darles la libertad si luchaban en la infantería inglesa. Un regimiento sureño estaba compuesto nada más que por soldados negros. Los llamaban los Etíopes de Lord Dunmore. Terminaron en Canadá.

–Nuestros negros ganaron la batalla de Cerrito. Lucharon en la guerra contra Brasil. Eran muy buenos infantes. Los gauchos peleaban a caballo, pero los negros no montaban. Había un regimiento, el Sexto. No lo llamaban regimiento de mulatos y negros, sino de morenos. Para no ofenderlos. En *Martín Fierro* los llaman "hombres de color humilde". Bueno, basta ya. Leamos *Arthur Gordon Pym*.

–¿Qué capítulo? ¿Qué le parece ese en que se acerca el barco lleno de cadáveres y pájaros?

–No, el último. Sobre la oscuridad y la luz.

Leí el último capítulo, en que la canoa flota hacia el mar Antártico, el agua se vuelve cada vez más cálida, luego muy caliente, se ven cenizas que caen, el vapor, luego aparece el gigante blanco. Borges interrumpía de vez en cuando, diciendo, en español: "encantador", "maravilloso", "¡qué belleza!".

–Léame el penúltimo capítulo –dijo, cuando terminé. Leí el capítulo 24, cuando Pym huye de la isla, lo persiguen los salvajes enfurecidos, luego la vívida descripción del vértigo. Ese largo pasaje aterrador deleitó a Borges, y al final aplaudió.

–¿Qué le parece si leemos un poco de Kipling? –sugirió Borges–. ¿Probamos "Mrs. Bathurst", para ver si es un buen cuento?

–Debo anticiparle que ese cuento no me gusta nada –señalé–.

–Está bien. Debe ser malo. *Plain Tales from the Hills*, entonces. Léame "Beyond the Pale".

Leí "Beyond the Pale", y cuando llegué a la parte en que Bisesa canta una canción de amor a Trejago, su amante inglés, Borges me interrumpió y recitó:

Alone upon the house tops, to the North
I turn and watch the lightning in the sky.
The glamour of thy footsteps in the North.
Come back to me, Beloved, or I die!

–Mi padre solía recitarlo –dijo Borges. Cuando terminé de leer el cuento, agregó–: Elija uno usted ahora.

Le leí el cuento del fumador de opio, "The Gate of the Hundred Sorows".

–¡Qué triste! –exclamó Borges–. Es terrible. Ese hombre no puede hacer nada. Fíjese como Kipling repite las mismas líneas. No tiene argumento, pero es maravilloso. –Se tocó la chaqueta.– ¿Qué hora es? -Sacó su reloj de bolsillo y tocó las agujas.– Las nueve y media. Deberíamos comer.

Mientras devolvía el libro de Kipling a su lugar (Borges insistía en que volviera a poner los libros en su lugar exacto), dije:

–¿Nunca relee su propia obra?

–Nunca. Mi obra nunca me satisface. Los críticos han exagerado tremendamente su importancia. Prefiero leer –arremetió contra los estantes y movió las manos como para recoger algo– a autores verdaderos. ¡Ja! –Se volvió y me dijo–: Y usted, ¿relee mi obra?

–Sí. "Pierre Menard..."

–Ese es el primer cuento que escribí. Tenía treinta y seis años o treinta y siete años entonces. Mi padre decía: "Lee mucho, escribe mucho y no te apures por publicar". Textualmente. El mejor cuento que he escrito es "La intrusa". Y "Sur" es también bueno. Unas pocas páginas. Soy perezoso. después de unas pocas páginas, ya está. Pero "Pierre Menard" es una broma, no es un cuento.

–Yo solía hacer que mis estudiantes chinos leyeran "La muralla y los libros".

–¿A sus estudiantes chinos? Supongo que pensarían que estaba lleno de errores. Eso pienso yo. Es algo sin importancia, que no vale la pena leer. Vamos a comer.

Buscó su bastón del sofá de la sala y salimos. Bajamos por el estrecho ascensor y atravesamos la puerta de calle, de hierro forjado. El restaurante estaba a la vuelta de la esquina. Yo no lo veía, pero Borges conocía el camino. Así que el ciego me llevaba. Caminar por una calle de Buenos Aires con Borges era como ser conducido por Alejandría por Cavafy, o por Lahore por Kipling. La ciudad le pertenecía, él había contribuido a inventarla.

El restaurante estaba lleno esa noche de Viernes Santo, y era muy ruidoso. Pero no bien entró Borges, golpeando ligeramente el piso con su bastón, tanteando el camino por entre las mesas que claramente conocía tan bien, se hizo un silencio entre los comensales. Borges había sido reconocido, y ante su entrada dejaron de hablar y de comer. Era un silencio reverente y curioso a la vez, que se mantuvo hasta que Borges se sentó e hizo su pedido al mozo.

Comimos palmitos, pescado y uvas. Yo tomé vino. Borges, agua. Ladeaba la cabeza para poder comer, mientras trataba de atravesar los palmitos con el tenedor. Luego usó la cuchara, hasta que por fin desistió y comió con los dedos.

–¿Sabe cuál es el tremendo error que se comete cuando se trata de filmar *Doctor Jekyll y Mister Hyde*? –dijo–. Utilizar el mismo actor para los dos papeles. Deberían ser actores diferentes. Eso es lo que intentaba decir Stevenson. Jekyll estaba formado por dos hombres. Uno no descubre hasta el final que se trata del mismo hombre. Esa es una sorpresa que debe reservarse para el final. Una cosa más. ¿Por qué los directores presentan a Hyde como a un mujeriego? En realidad, era muy cruel.

–Hyde pisotea a un niño –dije–, y Stevenson describe el ruido que hacen los huesos al romperse.

–Sí. Stevenson odiaba la crueldad, pero no tenía nada en contra de la pasión física.

–¿Lee a autores modernos?

–Continuamente. Anthony Burgess es bueno. Un hombre muy generoso, por otra parte. Somos lo mismo: Borges, Burgess. Es el mismo apellido.

–¿Algún otro?

–Robert Browning –dijo Borges, y pensé que se estaba burlando de mí–. Debería haber escrito cuentos. De hacerlo, habría sido mejor que Henry James, y la gente aún lo leería. –Borges había empezado a comer las uvas.– La comida es buena en Buenos Aires, ¿no le parece?

ESTA

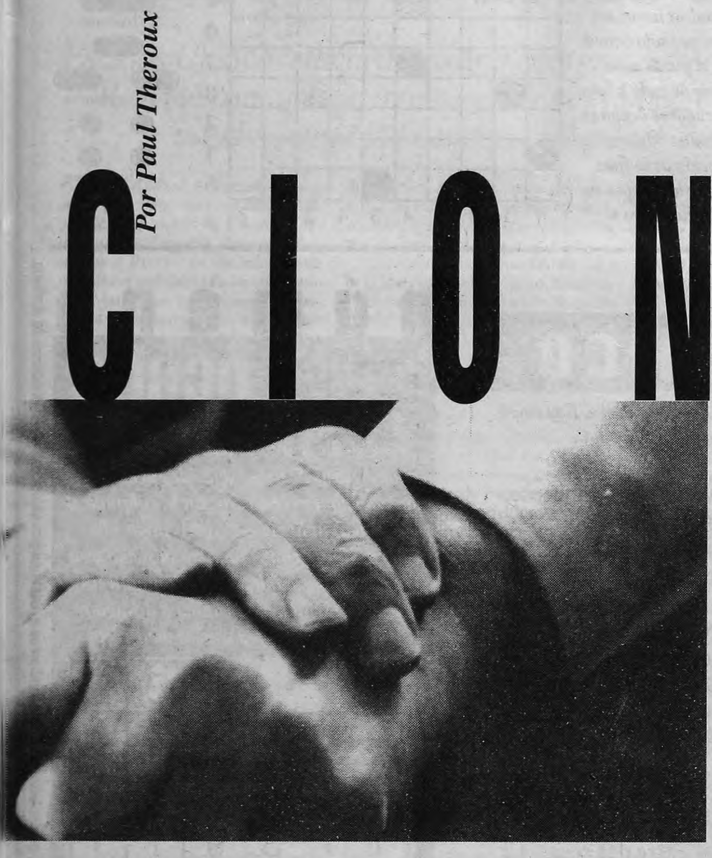


BORGES

El viaje continúa pero antes de seguir hacia la Patagonia –hacia "ese lugar desolado", dictamina Borges–, el escritor especialista en ferrocarriles Paul Theroux hace un alto para seguir conversando con el maestro. Así continúa y pasa el brillante y malicioso análisis borgeano de lo ficticio y, también, la errata inexplicable a la hora de juzgar la realidad presente. Segundo tramo y conclusión del encuentro entre dos narradores incluidos en uno de los últimos vagones de "Pasajeros en los trenes de América" (Emecé Editores).

Por Paul Theroux

CION



BORGES

(SEGUNDA PARTE)

–En todo sentido, parece una ciudad civilizada.

Levantó la cabeza.

–Puede ser, pero hay bombas todos los días.

–No las nombran en los diarios.

–Temen publicar las noticias.

–¿Cómo sabe que hay bombas?

–Muy fácil. Las oigo –dijo.

En realidad tres días después hubo un incendio que destruyó gran parte del nuevo estudio de televisión en colores que había sido construido para transmitir el Campeonato Mundial de Fútbol. Se dijo que fue debido a "una falla eléctrica". Cinco días después pusieron bombas en dos trenes, uno en Lomas de Zamora, otro en Bernal. Una semana más tarde asesinaron a un ministro del gobierno. Encontraron el cadáver en una calle de Buenos Aires, con una nota que decía: "Obsequio de los Montoneros".

–Pero el gobierno no es tan malo –dijo Borges–. Videla es un militar bien intencionado. –Borges sonrió y dijo lentamente–: no será muy brillante, pero al menos es un caballero.

–¿Y Perón?

–Perón era un canalla. Mi madre estuvo presa bajo Perón. Mi hermana estuvo presa. Y mi primo. Perón fue un mal gobernante y sospecho que además fue un cobarde. Saqueó el país. Su mujer era una prostituta.

–¿Evita?

–Una prostituta común.

Tomamos café. Borges llamó al mozo y dijo en español:

–Lléveme al baño. –A mí me dijo–: Tengo que ir a darle la mano al obispo. ¡Ja!

Cuando caminábamos de regreso, se detuvo ante la entrada de un hotel y dio dos golpes con el bastón a los postes de metal del toldo. Tal vez no era tan ciego como simulaba ser, o tal vez se trataba de un hito con el que estaba familiarizado. No fue un golpe tímido. "Es para suerte" explicó.

Cuando doblamos en Maipú comentó:

–Mi padre solía decir: "Qué tontería es la historia de Jesús. Que el hombre muriera por los pecados del mundo. ¿Quién puede creerlo?". Es una tontería, ¿no cree?

–Un pensamiento oportuno para un Viernes Santo –observé.

–¡No se me había ocurrido! ¡Oh, sí! –Rió tan fuerte que sorprendió a dos transeúntes.

Mientras buscaba la llave, le pregunté acerca de la Patagonia. –He estado allí –dijo–. Pero no la conozco bien. Le diré una cosa, sin embargo. Es un lugar desolado. Un lugar muy desolado.

–Pensaba tomar el tren hacia allá mañana.

–No se vaya mañana. Venga a verme. Me gusta como lee.

–Supongo que puedo ir a la Patagonia la próxima semana.

–Es desolado –dijo Borges. Había abierto la puerta, avanzó, arrastrando los pies, hasta el ascensor, y abrió la puerta de metal.– La puerta de los cien padecimientos –dijo, y entró, con una risita.

Borges era incansable. Me instaba a que lo visitara siempre otra vez más. Se quedaba levantado hasta tarde, ansioso por charlar, ansioso por que le leyera. Era un placer estar con él. Gradualmente, me convirtió en su Boswell. Todas las mañanas, al despertarme, me sentaba a escribir la conversación que habíamos tenido la noche anterior. Después caminaba por la ciudad, y al anochecer tomaba el subterráneo. Borges decía que él no salía casi nunca.

–No voy a las embajadas, no voy a las fiestas. Aborrezco estar de pie, con un trago en la mano.

Me habían advertido que era capaz de ser severo o de mostrar mal genio. El Borges que yo conocí era casi angelical. Tenía ciertas características de las personas charlatanas, una forma de perorar, y era fácil darse cuenta de que repetía cosas que había dicho cien veces. En oportunidades tartamudeaba ligeramente, pero se tranquilizaba con las manos. En ocasiones adoptaba un tono magistral, pero también sabía ser una especie de alumno. Entonces su rostro semejaba el de un duendecillo atento, y entrelazaba los dedos. En reposo, su cara asumía una aspecto aristocrático, y cuando descubría los dientes amarillentos en esa sonrisa tan típica con que denotaba placer (festejaba a risas sus propias ocurrencias) su rostro se encendía y parecía entonces un actor francés que de repente se da cuenta de que se ha robado la obra. Borges tenía la cara perfecta de un sabio y, sin embargo, al cambiar de expresión, podía parecer un payaso, aunque nunca un tonto. Es el ser más bondadoso que he visto; no había violencia en su voz ni en sus gestos.

–No comprendo la venganza –dijo–. Nunca he sentido el deseo de vengarme. Y no escribo sobre la venganza.

–¿Y "Emma Zunz"?

–Sí, el único cuento. Pero ese cuento me fue dado, y no creo que sea muy bueno.

–¿Así que no le parece bien vengarse por algo que le hayan hecho?

–La venganza no altera lo que ya le han hecho a uno. Y tampoco el perdón. La venganza y el perdón no tienen sentido.

–¿Qué hay que hacer?

–Olvidar –dijo Borges–. Es todo lo que se puede hacer. Cuando me hacen algo malo, hago como que hubiera sucedido hace mucho, a alguna otra persona.

–¿Resulta?

–Más o menos. –Mostró los dientes amarillos.– Menos que más.

Al hablar de la futilidad de la venganza, se acercó, y sus manos temblorosas tejieron un nuevo tema, aunque relacionado: la Segunda Guerra Mundial.

–Cuando estuve en Alemania, poco después de la guerra –dijo–, nunca oí pronunciar una palabra contra Hitler. En Berlín, los alemanes me decían –habló en alemán–. "¿Qué piensa de nuestras ruinas?". A los alemanes les gusta que se los compadezca. ¿No es horrible? Me mostraban sus ruinas. Quería que les tuviera lástima. Pero ¿por qué iba a complacerlos? Les dije –nuevamente en alemán–. "He visto Londres."

Seguimos hablando de Europa. La conversación pasó a los países escandinavos e, inevitablemente, al premio Nobel. No dije lo evidente, que Borges había sido nominado como posible candidato. El mismo dijo: –Si me lo ofrecieran, correría a recibirlo con las dos manos. ¿Qué escritores norteamericanos lo han recibido?

–Steinbeck –dije.

–No, no puedo creerlo.

–Es verdad.

–No puedo creer que Steinbeck lo haya ganado. Y, sin embargo, lo ganó Tagore, que era un escritor atroz. Escribía poemas cursis, sobre lunas, jardines. Poemas kitsch.

–Quizás pierdan al ser traducidos del bengalí al inglés.

–Sólo podrían mejorar en ese caso. Pero son cursis. –Sonrió, y su rostro se tornó beatífico, tanto más debido a su ceguera. Eso pasaba a menudo, y era como si estuviera estudiando un recuerdo. Dijo–: Tagore vino a Buenos Aires.

–¿Después de ganar el Premio Nobel?

–Debe de haber sido. No creo que Victoria Ocampo lo invitara a menos que lo hubiera ganado. –Se rió de su ocurrencia.– Y nos peleamos. Tagore y yo.

–¿Por qué se pelearon?

Borges adoptó una voz pomposa, evidentemente falsa. La reservaba para ciertas aseveraciones lapidarias. En esta ocasión echó la cabeza hacia atrás.

–Pronunció herejías contra Kipling.

Nos habíamos reunido a leer un cuento de Kipling. "Dayspring Mishandled" pero no lo hicimos. Se había hecho tarde, ya era hora de comer. Hablamos de los cuentos de Kipling y luego de cuentos de terror en general.

–"They" es un cuento muy bueno. Me gustan los cuentos de terror de Lovecraft. Sus argumentos son muy buenos, pero tiene un estilo atroz. Una vez le dediqué un cuento, aunque no tan bueno como "They", lo que es muy triste.

–Yo creo que Kipling estaba escribiendo acerca de sus propios hijos muertos. Su hija murió en Nueva York, su hijo fue muerto en la guerra. Nunca regresó a Estados Unidos.

–Bueno –dijo Borges–, se peleó con su cuñado.

Salimos a comer. Me preguntó qué estaba haciendo en América del Sur. Le dije que había dado unas conferencias sobre literatura norteamericana, y que en dos oportunidades, al presentarme como feminista ante un público latinoamericano, fui interpretado como quien confiesa una especie de perversión. Borges dijo que yo debía recordar que los latinoamericanos no son muy sutiles en este punto. Le dije luego que había hablado de Mark Twain, Faulkner, Poe y Hemingway.

–¿Qué le parece Hemingway? –me preguntó.

–Tenía un defecto muy grande –respondí–. Creo que muy serio. Admiraba a los que se aprovechan de los débiles.

–Estoy totalmente de acuerdo –señaló Borges.

Fue una comida agradable. Luego, mientras caminábamos de regreso a su departamento (después de los golpes a los postes del toldo en el hotel), dijo:

–Sí, nosotros dos estamos de acuerdo en muchas cosas ¿no?

–Tal vez –repuse yo–. Pero uno de estos días debo ir a la Patagonia.

–Nosotros no decimos "la Patagonia" –dijo Borges–. Decimos Chubut o Santa Cruz. Nunca decimos Patagonia.

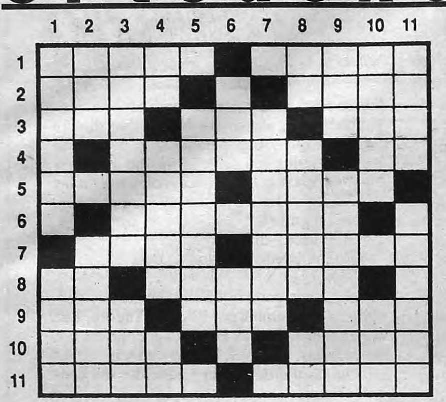
–W.H. Hudson decía Patagonia.

–¿Qué sabía él? *Días de ocio en la Patagonia* no es un mal libro, pero habrá notado que no hay personas, sólo pájaros y flores. Así es en la Patagonia. No hay gente. Lo malo de Hudson es que mentía continuamente. Ese libro está lleno de mentiras. Pero él terminaba creyendo en sus mentiras y pronto ya no diferenciaba entre lo verdadero y lo falso. -Borges pensó un momento, luego dijo–: No hay nada en la Patagonia. No es el Sahara, pero es lo más parecido que tenemos en la Argentina. No, en la Patagonia no hay nada. "Si es así, pensé, si realmente no hay nada allí, entonces es el perfecto lugar para terminar con este libro". ■

Se reproduce aquí por gentileza de Emecé Editores

J U E G O S

ortodoxo



HORIZONTALES

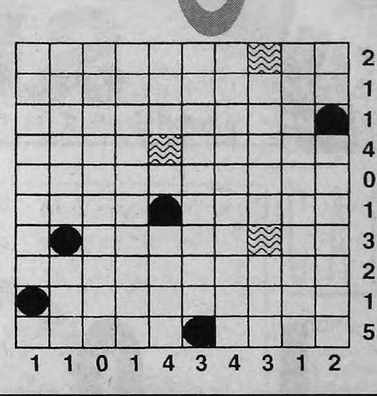
1. Deidades que protegían las ciencias y las artes./ Estado normal del organismo.
2. Mamíferos plantígrados./ Grado de elevación de un sonido.
3. Contracción./ Gran río europeo./ Movimiento convulsivo habitual.
4. Eras, períodos extensos./ En orden alfabético, segunda consonante.
5. Costados./ Asunto, materia.
6. Conjunto de las entrañas de un animal.
7. Tiempo que uno ha vivido desde el nacimiento./ Batracios de piel lisa.
8. Preposición inseparable que significa "en virtud de"./ Natural de Roma.
9. Uno y uno./ Cloruro de sodio./ Personaje bíblico, paciente y piadoso.
10. Consonante (pl.)./ Calzado que cubre la pierna hasta la rodilla.
11. Componer en rima./ Perseverancia, constancia.

VERTICALES

1. Ejemplar que por su perfección se debe imitar./ Río de Alemania y Polonia.
2. Utilice./ Ciudad de Italia, en la provincia de Salerno.
3. Falta de compañía./ Hijo mayor de Noé.
4. Campeón./ Servir de modelo a pintores o fotógrafos./ Sociedad Anónima.
5. De color de rosa (pl.).
6. Adverbio latino que significa "así"./ Gran extensión de agua salada.
7. No artificial.
8. Símbolo del astato./ Existirán./ Primera consonante.
9. Sobrino de Abraham./ Hacecillos de hierbas.
10. Sola en su especie./ Autillo, ave rapaz nocturna.
11. Diez y dos./ Se atrevían.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.



académico

Descubra el verdadero significado de cada palabra. Hay cinco respuestas correctas A, cincos B, y cinco C.

1. **Consuetudinario - A:** De buen concepto. **B:** Multitudinario. **C:** Acostumbrado.
2. **Chozpo - A:** Brinco de algunos animales. **B:** Alamo negro. **C:** Cuarto nieto.
3. **Deprecar - A:** Rebajar el precio. **B:** Suplicar. **C:** Malversar fondos públicos.
4. **Elaterio - A:** Género de cucurbitáceas. **B:** Animal prehistórico. **C:** Fatuidad, orgullo.
5. **Farniente - A:** Comida italiana. **B:** Enclenque. **C:** Ocio agradable.
6. **Garrotal - A:** Cierto baile popular. **B:** Plantío de estacas de olivo. **C:** Palo grue so.
7. **Hiato - A:** Estrella de la Constelación de Toro. **B:** Discontinuidad entre dos cosas. **C:** Combinación de un cuerpo con el agua.
8. **Insuflar - A:** Invertir dinero. **B:** Exagerar, abultar. **C:** Henchir.
9. **Jaique - A:** Capa árabe con capucha. **B:** Jeque, emir. **C:** Soldado turco.
10. **Karagán - A:** Zorro asiático. **B:** Embarcación china. **C:** Sable corvo.
11. **Lebrillo - A:** Perro para cazar liebres. **B:** Vasija ancha de metal. **C:** Liebre joven.
12. **Llantería - A:** Lugar donde se reparan llantas. **B:** Plantío de llantenes. **C:** Llanto ruidoso y continuo.
13. **Misceláneo - A:** Raro. **B:** Libro que contiene las oraciones de la misa. **C:** Variado.
14. **Noval - A:** Novato. **B:** Tierra cultivada por primera vez. **C:** Estrella visible por su brillo.
15. **Osmazomo - A:** Jugo sacado de la carne asada. **B:** Tumor óseo. **C:** Líquido que penetra por ósmosis.

CALIFICACION

15 puntos ______________ académico
11 a 14 ______________ maestro
6 a10 ______________ bachiller
5 o menos ______________ alumno

número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
8	2	9	0	2	1
7	1	3	9	1	1
2	5	4	8	0	1
4	7	6	1	0	1

correspondencias

Señale las relaciones sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Ultimas palabras

1. "Luz, más luz" — A. Napoleón
2. "Josefina" — B. Byron
3. "Ahora dormiré" — C. Goethe
4. "Es hermoso el más allá" — D. Edison

Seudónimos

1. William Sidney Porter — A. O. Henry
2. Julien Viaud — B. Mark Twain
3. Emile Herzog — C. André Maurois
4. Samuel Clemens — D. Pierre Loti

Números en el cine

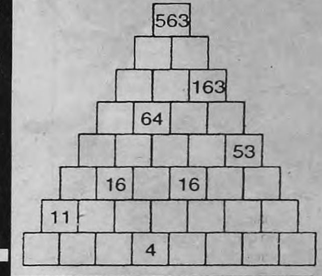
1. "Los diez mandamientos" — A. Jack Nicholson
2. "Nueve semanas y..." — B. Mickey Rourke
3. "El cartero llama dos veces" — C. Alan Alda
4. "Las cuatro estaciones" — D. Charlton Heston

Musas

1. Terpsícore — A. Historia
2. Melpómene — B. Danza
3. Talía — C. Tragedia
4. Clío — D. Comedia

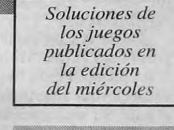
pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

solución



batalla naval

académico

1. C. 2. B. 3. A. 4. B. 5. A. 6. C. 7. C. 8. A. 9. B. 10. A. 11. B. 12. C. 13. B. 14. C. 15 A.

número oculto

2981

correspondencias

Reyes de Inglaterra: 1- C; 2-B; 3-D; 4-A. **Ciudades norteamericanas:** 1-A; 2-D; 3-B; 4-C. **Escritores argentinos:** 1-D; 2-C; 3-A; 4-B. **Personajes históricos en el cine:** 1-B; 2-A; 3-C; 4-D



